

tuoso en la estación del otoño, que es más peligrosa; que debia esperar tiempo más benigno, y que con la paciencia y no con la temeridad se vencian semejantes dificultades.

El príncipe no quiso dar oídos á ningun consejo prudente.

Corrió entonces la voz, y aún se conserva todavía en el vulgo, que una vieja mora suscitó la tempestad con encantos y artes mágicos.

No hay para qué decir que todos los hombres sensatos tienen por una fábula despreciable tan ridículo aserto.

Tenia Assam Agá ochocientos turcos de extraordinario valor, los más de ellos de á caballo, y cinco mil infantes veteranos.

Formaba además á sus órdenes una gran multitud de moros, á quienes ofreció el sueldo y la presa que recogiesen fuera de las murallas, en las continuas correrías que á todas horas y en todos los parajes hacian contra el enemigo, segun su costumbre.

Desembarcó Carlos V con mar tranquilo, y sin tardanza ni confusion dirigió hacia la parte del Oriente sus tropas.

Algunos historiadores hacen ascender á treinta mil los infantes que se contaban en ellas, al paso que otros disminuyen esta cantidad en la tercera parte.

Llevaba tres mil caballos y marchó con todo el ejército junto á la ciudad, mandando fortificar el campo en lugar oportuno, dividiendo las estancias por naciones.

---

## Capitulo CXLIII.

---

Continuacion del anterior.

Los españoles, con su capitán Sauce, ocuparon los primeros los collados que se levantan á mano izquierda, y ciñen la ciudad por las espaldas, habiendo arrojado de allí á los bárbaros.

Los alemanes se extendieron por la parte de Oriente, rodeando la tienda de Carlos V.

Los italianos, en los parajes más próximos á la costa.

Inmediatamente comenzó á desembarcar la artillería, los caballos, víveres y todos los demás preparativos de la guerra.

Pero mientras tanto que se ocupaban en estas y otras operaciones, se levantó una furiosa tempestad, que comenzó á maltratar la armada.

— Siguiéronse copiosísimas lluvias, que continuando toda la noche sin cesar, molestaron en extremo á los soldados que estaban de centinela.

Al amanecer del día siguiente hizo una salida de la ciudad la caballería turca, mezclada con los moros de infantería, acometieron con grandes gritos á los tres escuadrones italianos, que se hallaban apostados fuera de las trincheras del campo.

Apenas tenían estas fuerzas para huir, cuanto más para pelear.

Gonzaga acudió al tumulto y les reprendió, porque habían desamparado su puesto.

Con sus voces y con la llegada de sus paisanos, que vinieron aceleradamente del campo á socorrerlos á las órdenes de Agustín Espínola, recobraron el ánimo y acometieron á los enemigos.

Estos, no pudiendo resistir, y habiéndoseles mudado la fortuna, echaron á huir precipitadamente á la ciudad.

Los caballeros de Malta, que en este día hicieron grandes hazañas, llegaron con noble esfuerzo hasta las mismas puertas, y habiéndolas cerrado de improviso, dejaron en ellas clavados sus puñales.

Miguel Marsilla y Rogero Selino, aragoneses, y Cristóbal Pacheco, castellano, consiguieron en este hecho hacerse memorables en la posteridad.

Entre tanto los bárbaros, disparando continuamente desde los muros, no dejaron de causar algún daño.

Después, abriendo de golpe las puertas y saliendo

de la ciudad con mayores tropas, renovaron la pelea con notable esfuerzo.

Su audacia fué reprimida por el singular valor de los malteses, que cerraban la retaguardia.

El tercio de los alemanes, que formaban la vanguardia, no había podido resistir el impulso del enemigo, y en este trance montó á caballo Carlos V con la espada desnuda, y les mandó redoblar el paso, y esforzándolos con pocas palabras, los condujo contra los bárbaros, que estaban orgullosos del anterior suceso.

Excitados los soldados á la pelea con la voz y el ejemplo del emperador, se encaminaron al enemigo con las lanzas en ristre y amenazador murmullo.

Aterrados los bárbaros con este espectáculo, y burlándose de la impetuosa fuerza de los alemanes, con la velocidad de los piés, en que nadie les aventaja, se refugiaron en la ciudad y en la ribera, más deseosos de saquear que de pelear.

Murieron en este día más de trescientos soldados con algunos valerosos capitanes.

Los heridos ascendieron á doscientos, siendo uno de ellos Felipe Lanoy, príncipe de Sulmona.

Al mismo tiempo las naves, que habían padecido gravemente en su arboladura, á merced de los vientos y de las olas, estrellábanse con grande impetu unas contra otras, y llenándose de agua por las aberturas, se sumergían á vista del ejército.

En muy pocas horas que duró la tempestad, se tragó el mar ciento y cuarenta buques de todos por-

tes, y por que las áncoras y cables no pudieron resistir, ó por que los marineros y pilotos no eran capaces de contrarrestar á la fuerza de la tormenta.

Algunos que para evitar la muerte, dirigieron las proas á tierra, tuvieron la desgracia de morir á manos de los moros, que recorrían la costa para robar.

Otros, que nadando llegaron á tierra, se vieron forzados á retroceder de unas playas tan peligrosas, y perecieron por la fuerza invencible de las olas.

Todo cuanto se alcanzaba á registrar en la ribera presentaba el aspecto más lamentable.

A cada paso se veían cadáveres arrojados por el mar, ó traspasados por las lanzas ó flechas, estando todo sembrado de los fragmentos y despojos de las naves destrozadas.

Habiendo encallado en la costa la galera de Doria y rotas sus amarras, fué librada por el valor de Antonio de Aragon, que acudió prontamente á su socorro con las compañías italianas.

Tampoco en los reales se mostraba la fortuna con más favorable semblante.

El soldado no podía trabajar ni levantar las tiendas, ni subsistían las levantadas, porque todo lo rompía y arrebatava el viento.

Veíanse allí miserablemente postrados en el lodo y á la inclemencia enfermos y heridos, porque no había tiendas para perseverarlos de las copiosísimas lluvias que caían.

Consumidos los víveres que se habían desembarcado al principio, ó corrompidos con la humedad, no

había esperanza alguna de poder tolerar la necesidad.

Todos estaba atónitos esperando la última calamidad, que les parecia más cruel que la misma muerte.

Hallábanse en tierra enemiga, habían perdido la armada y tenían cerrado el camino para retirarse.

Sólo el ejemplo de Carlos V era capaz de mitigar tantos males.

Padeciendo él mismo iguales, y aun mayores trabajos que el más infimo soldado, con rostro sereno, indicio de su constancia, recorría todo el campo, vestido con su cota de malla, tolerando con ánimo invencible la inclemencia del cielo, y sufriendo resignado la horrible situacion en que se hallaba.

Ponia en parajes oportunos las centinelas para rechazar á los bárbaros que los amenazaban; consolaba con la esperanza de mejor fortuna los ánimos de los soldados, que se hallaban oprimidos por la tristeza y desesperacion, y aliviaba la comun calamidad con cuanto podia.

Mitigaba el hambre de los soldados con las carnes de los caballos que les habían abandonado; reunió el consejo de generales para ver qué debía hacerse en vista de las circunstancias, y todos acordaron que se levantase el campo.

Cuando esta noticia llegó á oídos de Hernan Cortés, su indignacion fué inmensa.

Presentándose al emperador:

—Yo creía,—le dijo,—que había dado alguna prueba de pericia militar en la conquista de las Indias, y me creía con derecho para que vuestra ma-

jestad se hubiese dignado oír mi opinion. No creo acertada la que han emitido los generales reunidos en consejo, y me atrevo á suplicar á vuestra majestad, si en algo estima mis servicios, me conceda un momento de atencion.

—Hablad, porque el tiempo urge:

—Pues bien; yo me comprometo, si vuestra majestra pone á mi disposicion los soldados españoles, y una parte de los extranjeros que nos acompañan, á penetrar espada en mano en la ciudad.

—Ese plan es absurdo, y no tendría otro resultado que la pérdida total de nuestras tropas.

Cortés se retiró altamente ofendido.

No podia olvidar que se hubiese consultado á otros de ménos edad y saber, y que se hubiesen adoptado sus resoluciones.

Como sucede siempre, al traslucirse en el ejército la conferencia que habia celebrado con el monarca, unos aprobaban su plan y otros le creian muy aventurado.

Doria, hombre muy instruido en la astronomía y en la náutica, no cesaba de amonestar que era preciso acelerar la salida; que en el cabo oriental, llamado Matafuz, se podria embarcar la tropa, y que la tardanza seria muy funesta, porque amenazaba una tempestad mucho más fuerte.

Al tercer dia, con gran trabajo y peligro de los soldados, que á cada paso eran acometidos por los moros, llegaron al paraje donde tenia Doria la armada.

Pero como no hubiese suficientes navíos para

trasportar los soldados, por orden del emperador fueron arrojados al mar los caballos de más estima, con gran dolor de sus sueños, para que pudiesen tambien restituirse á su patria hasta los criados de más baja esfera.

Los primeros que se embarcaron fueron los italianos, despues los alemanes y los últimos los españoles.

El postrero de todos fué Cárlos V en una galera de Doria, de cuatro órdenes de remos.

Luego que estuvieron en las naves, les acometió una atroz tormenta, y parte de ellos, para no estrellarse en las rocas, sin esperar orden alguna, se dejaron llevar adonde les arrebatava la invencible fuerza de los vientos.

Despues de muchos trabajos, arribaron á diversas partes de Europa, para anunciar el éxito de la funesta expedicion.

Algunos navíos que estaban maltratados de la anterior tormenta, se sumergieron en el mar con los soldados que llevaban á presencia de sus compañeros, sin que pudiesen socorrerlos.

Dos naves españolas, con la violencia de la tempestad, retrocedieron á Argel y encallaron en la costa.

Los que iban en ellas, animados por la misma desesperacion, se pusieron en armas para oponerse á los insultos de los bárbaros.

Pero acudiendo prontamente Assam-Agá, y mandando á su gente que se retirase, preservó á los náu-

fragos con grande humanidad del furor de sus tropas.

El resto de la armada consiguió arribar á Bugía por los esfuerzos de Doria, á quien únicamente daba oídos el emperador.

Allí se encalló una fragata cargada de víveres, y fué despedazada por la fuerza de la tempestad; pero habiéndose apoderado de ella á mano armada la turba de los marineros, socorrieron el hambre que padecían.

Alivióse mucho la necesidad con los comestibles que vendían á las tropas los moros de los aduanares inmediatos, que tuvieron que sufrir luego la cólera de Assam Agá, el cual para castigarlos por semejante conducta les declaró la guerra.

Desde Bugía fueron despachadas las galeras de Malta y de Sicilia, bajo el mando de Gonzaga, y con Agustin Palavicino las italianas de carga, cuya pérdida había sido leve, y finalmente llegaron á Trépani.

El conde de Oñate introdujo en Caller las naves españolas, que tuvieron mucho que sufrir en el mar de Cerdeña, y á la mitad del invierno se restituyó con ellas á España.

El emperador Carlos V fué llevado por el viento solano á la isla de Mayorca, y á fines de Noviembre arribó, lleno de tristeza, al puerto de Cartagena con los restos de la armada.

Como se vé, esta desastrosa batalla fué un golpe mortal para el poderío del emperador, poderío que ya empezaba á amenguarse.

Sigamos al inmortal Hernan Cortés.

---

## Capítulo CXLIV.

---

Donde verá el lector lo expuesto que estuvo el héroe de esta historia á perder la vida, y á quién debió su salvacion.

La estrella del conquistador de Méjico se había eclipsado por completo.

Al separarse del rey, con la pena de ver despreciados sus leales consejos, supo que la carabela que había fletado para ir hasta allí era juguete de las olas.

Casi toda la arboladura se había hecho mil pedazos, y Hernan Cortés contemplaba con inmensa pena aquel siniestro, que representaba para él una cuantiosa suma.

Aprovechando un momento de calma, salió en un bote para ver de salvar los restos de su nave, y en el calor del trabajo, en la precipitación de las ma:

niobras, se le cayó el cinto al agua, cinto en el que llevaba las riquísimas esmeraldas que dió en dote á su esposa, de que ya hemos hablado en otro capítulo.

Tan preocupado estaba, que no notó esta nueva pérdida hasta despues de saltar en tierra.

Cuando vió que se hallaba privado de aquellas piedras preciosas, su desesperacion no tuvo límites.

—¡Ah!—exclamaba.—¡Qué he hecho, Dios mio, para sufrir tantos rigores?

Cuando emprendo un viaje penoso para ofrecer mis servicios á mi rey y señor, llego y no se digna aceptarlos.

Le propongo una solucion digna, noble, gloriosa, y la acogida que merece es el más soberano desprecio.

Queriéndole dar una nueva prueba de mi lealtad, de mi agradecimiento, á pesar de las injusticias de que he sido víctima, privando á mi familia de las esmeraldas que constituian la mayor parte de su fortuna, la traigo aquí para regalárselas al monarca, y sin saber cómo, se extravía el cinto en que las guardaba.

¡Oh! ¡Esto es horrible!

Y no siento por mí esta pérdida, sino por mi esposa, por mis hijos.

¡Qué bienes podré legarles el dia de mi muerte?

La ingratitud con que han pagado mis servicios no me permite ni aun abrigar la idea de que mis hi-

jos cuenten con el más mínimo apoyo, ni aun la de que logren un puesto en palacio de esos que hoy ocupan los intrigantes y aduladores.

Largo rato permaneció pensativo, y hubo un momento en el que, recordando su pasado y considerando su presente, lágrimas de amargura brotaron de sus ojos.

Los remordimientos se agolparon á su alma, y empezó á ver en lo que le sucedia la expiacion de lo desgraciadas que habia hecho á su primera mujer doña Catalina, á la cariñosa Marina, á la inocente Ihalí.

De pronto hirió su vista un objeto que arrastraban las olas, y que en su fantasía creyó ser el cinto que habia perdido.

Sin reflexionar en el peligro que corria, sin ver que iba á correr tras una muerte cierta, se arrojó al agua, viéndose arrollado por las olas.

Un marinero, al reconocer le, quiso salvarle, y no sin grandes esfuerzos pudo libertarle del furioso oleaje.

Si hubiese tardado un momento en poner en práctica su genera idea, hubiera sido víctima del imponente elemento el ilustre anciano.

Cuando se repuso de la violenta emocion que le produjo aquel contratiempo, quiso dar las gracias á su salvador.

Presentóse este, y cayendo á sus piés:

—¿No me reconoceis?—le dijo.

—¿Qué veo?—exclamó Hernan Cortés, pasando

sus manos por la frente como para convencerse de que no soñaba.—¿Vos sois Juan de Rivera?

—Sí, y por eso os pido humildemente perdon. Mal correspondí á vuestra confianza cuando me enviásteis á España con unos pliegos para el rey; pero harto cara he pagado mi deslealtad.

—Os perdono, porque esta generosa accion redime todo vuestro pasado; pero contadme qué motivos tuvisteis para hacer traicion al hombre que os habia considerado, no como vuestro jefe, sino como vuestro amigo.

—Nunca hay motivo para ser traidor. La fatalidad es la que me hizo cometer un atentado tan abominable.

—Explicaos.

—Sea en buen hora, puesto que me lo exigis. Seré breve.

—Comenzad.

Despues de una breve pausa se expresó en estos términos:

—Apenas llegué á España, vuestros implacables enemigos, que expiaban el arribo de cuantos procedian de las Indias, salieron á mi encuentro, y en medio de plácemes y felicitaciones me ofrecieron un banquete, al que de buena fé asistí.

Los brindis se sucedian con frecuencia, y por lo que más tarde comprendí, se propusieron embriagarme para apoderarse de los pliegos que me confiásteis.

Manifestaron la mayor franqueza conmigo, me

hicieron mil ofertas y con habilidad quisieron sondear mi ánimo para saber si era ambicioso.

Yo, á decir verdad, he tenido mucho apego al dinero, y esta pasion era en aquella época disculpable, porque mi anciana madre no tenia más amparo que yo en el mundo.

—Ahora lo comprendo todo; pero proseguid.

—Diciéndoles yo que al ir á las Indias más que por nada habia emprendido el viaje para asegurar una buena vejez á la autora de mis dias, exclamaron:

»—Si reflexionais un poco, comprendereis que no podreis conseguirlo.

»—¿Por qué?—les pregunté:

»—Porque Hernan Cortés es un ambicioso, un desagradecido.

»—Le injuriais.

»—De ningun modo; vos sois una prueba palpable de ello.

»—¿En qué os fundais?

»—En que apesar del tiempo que llevais en las Indias, por lo que se vé no habeis hecho gran fortuna.

Este argumento me convenció. Perdonad mi debilidad. Y al ver ellos que nada contesté, añadieron:

»—Otra cosa seria si quisiéseis formar en nuestro partido. Las personas más ilustres de España, las que tienen mayores riquezas, indignadas al ver que Hernan Cortés, que ese aventurero quiere sobreponerse á todo el mundo, se han coaligado para hacerle la guerra.

—¡Infames!— exclamó Cortés sin poder contenerse.

—¡Y tan infames, señor!

En fin, reasumiendo: á cambio de algun dinero se apoderaron de los pliegos que llevaba para el monarca.

Yo salí al dia siguiente con direccion al pueblo de mi madre, y no sospeché en lo más mínimo de un hombre que me salió al encuentro y trató de acompañarme á título de que llevábamos el mismo camino.

Me dijo que era mayordomo de un señor muy opulento, me ofreció su proteccion, con la que podia entrar á su servicio, y cuando nos habíamos internado por senderos intrincados, salieron unos hombres, que se apoderaron de cuanto yo tenia, llevando su crueldad hasta el punto de cejarme en cueros amarrado á un árbol.

Así pasé toda la noche, y es verdaderamente milagroso cómo no me helé.

Al amanecer del dia siguiente pasaron unos aldeanos, me desataron, me llevaron á una posada, me metieron entre el estiercol para provocar una reaccion favorable, reforzaron mi estómago, y con laudable caridad apenas pude darles del pueblo de mi madre, me llevaron á su lado con la mayor solicitud.

Nuevos sufrimientos me esperaban al llegar á la casa en que habian corrido mis primeros años.

Despues de suspirar tristemente, continuó:

—Mi pobre madre no habia tenido noticia alguna

de mí desde que embarqué para las Indias, y el exceso del dolor habia trastornado su razon.

La locura habia degenerado en imbecilidad, hasta el punto de no reconocermé.

Me miraba estúpidamente, y al decirle que yo era su hijo, que acababa de regresar de mi larga expedicion:

»—¡Mientes!— exclamaba.— Mi hijo no hubiera abandonado jamás á su madre viéndola anciana, desvalida y sin otro sosten que él en el mundo.

Estas palabras, como podeis comprender, eran para mí la más terrible de las acusaciones.

—Lamento de todo corazon lo que os ha sucedido; pero creo que os servirá de leccion provechosa para el resto de vuestra vida.

—¡Oh! Sí; pero aún no os lo he contado todo. Viendo á mi madre enferma, sin recursos de ningun especie para atender á lo que reclamaba su situacion, para proporcionarme el sustento, tuve que dedicarme á los trabajos más rudos, más groseros, más humillantes. Un año pasamos de este modo, y al cabo de este tiempo sucumbió mi madre. La infeliz sucumbió sin haberme reconocido, y durante sus últimos momentos, aun oia palabras de perdon para aquel hijo á quien ella creia perdido.

Hernan Cortés se conmovia con el relato de Rivera.

—¿Pero cómo os encontrábais aquí?— le preguntó.

—Muerta mi madre quedaba sólo en el mundo.



y me alisté como marinero en esta expedición, aunque con nombre supuesto. Doy mil gracias á Dios por haberme inspirado una resolución, porque á ella debo el haber podido salvaros la vida. Ahora mi mayor deseo es que me perdoneis y que me admitais á vuestro servicio para tener un pedazo de pan que llevar á la boca, y al mismo tiempo para demostraros que si en un momento de extravío pude cometer una mala acción, aún abriga mi corazón sentimientos generosos, y anhelo consagrar á vos el resto de mis días.

Hernan Cortés le otorgó su perdón, ofreció hacer por él cuanto pudiese después que cumplierse el tiempo de su empeño como marinero, le refirió el motivo de haberse arrojado al agua, y después de hacer mil pesquisas inútiles para recuperar las esmeraldas, recogió á sus dos hijos Martín y Luciano, y acompañado de algunos criados de su brillante séquito, se dirigió á Toledo para reunirse de nuevo con su esposa y con sus hijas.

Respecto á los que voluntariamente le habían acompañado á aquella expedición, les dejó en libertad de regresar á su patria, puesto que ya había concluido lo que motivó su alistamiento.

## Capítulo CXLV.

Noticia de nuevos descubrimientos.

Hernan Cortés estaba desesperado, porque al ver el desvío con que le había recibido el emperador, no se había atrevido á presentarle sus hijos, objeto principal de su expedición á Argel.

Los sacrificios que había tenido que hacer para llevar los caballos de guerra, habían amenguado casi totalmente los bienes de su esposa.

Se dice vulgarmente que un mal nunca viene solo, y la situación de Cortés confirma este aserto.

Además de los disgustos que le ocasionaba el pleito que sostenía contra el licenciado Villalobos, fiscal de Indias, sobre la cantidad de vasallos y otros privilegios, le sorprendió la noticia de que en dicho consejo iban á residenciar su conducta, respecto al